

EL BARÓN DE LAVOS

EL BARÓN DE LAVOS

ABEL BOTELHO





La editorial **Amistades Particulares** toma su nombre de la novela *Les Amitiés Particulières*, de Roger Peyrefitte (1907-2000), publicada en 1944 por Editions Jean Vigneau.

Título original: *O barão de Lavos*

Primera edición: Marzo de 2015

© de la traducción y del prólogo: Carlos Sanrune, 2015

© de esta edición: Amistades Particulares, 2015

www.amistadesparticulares.com

Ilustraciones portada e interior: Carlos Sanrune

Diseño y maquetación: Amistades Particulares

Impresión: Createspace

ISBN: 978-84-943115-3-6

Depósito Legal: M-7895-2015

Impreso en USA - Printed in the USA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



En aquella noche de marzo, desapacible y húmeda, una gran animación bullía al final de la Rua do Salitre. Era el año 1867. El Teatro de las Variedades y el Circo Price, uno frente al otro, iluminaban sus entradas mediante lámparas de gas que parecían alinearse marcialmente, y a cuyas llamas las rachas de viento del noroeste imponían un temblor inquieto. Era jueves, noche en la que se da cita la mejor sociedad. Con seguridad habría aforo completo en el Circo. A cada uno de los lados de su amplio vestíbulo se agitaba un semicírculo compacto de personas, que tenían por centro las respectivas taquillas donde se vendían las entradas. Ambos grupos se veían por igual estrujados, resignadamente, contra las paredes verdosas del barracón, mientras que por el lado que daba a la calle, los rodeaba una multitud gritona y confusa, que se extendía a lo largo de la acera. Todos querían su entrada. Había sombreros que terminaban rodando por los suelos, hombros que penetraban como cuñas, brazos asidos vigorosamente a los marcos marrones de las taquillas y manos retirándose triunfales, muy levantadas, con un papelito azul al viento.

A cada minuto la agitación crecía. Se pregonaba agua fresca, pastelitos, dátiles. Desde un primer piso, con persianas verdes en las ventanas, un poco más abajo del Circo, muchachas vestidas con tenues vestidos blancos invitaban —«¡Oye! ¿No subes, guapo?»— a los petimetres que por allí pasaban. Se percibía en el aire, a cada estocada del viento, un olor a pobre, a sebo y a refrito. La profusa iluminación de ambos teatros doraba y remozaba las calizas octogonarias del Variedades, encendía reflejos anaranjados en el basalto húmedo de la calzada y hacía entrever en la penumbra la hilera tortuosa de los edificios que ascendían por la empinada calle. De cuando en cuando un carruaje rodaba, y en su rápido pasar entre los dos teatros, una doble estela de chispas fugaces adornaba el negro pulimento de la calzada.

Un hombre deambulaba por allí, aunque no parecía tener gran prisa por entrar. Iba y venía, se detenía, escudriñaba a la multitud, pasaba de un grupo a otro, con la ansiedad de quien busca con obstinación a alguien. En su mirada, prolongada e insistente, de una frialdad inflamada y vidriosa, fulguraba la obstinación de un deseo. En sus labios, la brasa del cigarro, agitado con pequeños movimientos bruscos, nerviosos, denotaba una fuerte preocupación animal.

Debía de ser un muchacho lo que él buscaba, pues los ojos de este hombre alto y seco se posaban con preferencia en las caras imberbes, pobladas solo por leve pelusa, de los adolescentes. Los miraba durante un instante, con una fijeza golosa y sombría y se marchaba luego para otro lado.

Era fácil comprobar que no buscaba a alguien en concreto. Por el contrario, parecía estar comparando, examinando, antes de escoger. Junto a algunos muchachos pasaba rápido, después de una mirada furtiva, pero ante el descubrimiento de otros, su cara se llenaba de la más perceptible sensualidad. Con estos, no había medio que no utilizase para atraer su atención. Los rozaba levemente con el brazo; les tocaba las piernas con el bastón, como por distracción; se colocaba al lado observándolos con mirar frío y vidrioso, persistente; les soplabá en la nuca una bocanada de humo al pasar. Todo este juego —es lógico— hecho siempre con disimulo, con la cautela del hipócrita, con astucia felina, todo sabiamente mezclado con miradas atentas a su entorno... no fuese a aparecer por allí, sorprendiéndolo, alguien conocido.

Y, cada vez que el mozo interpelado se apartaba, aburrido o indiferente, este noctívago cazador de efebos se dirigía a la búsqueda de otro, atravesando los grupos, cruzando la calle, con movimientos aparentemente erráticos e incoherentes, sin que pudiese decirse si actuaba de aquella manera tiranizado por un vicio secreto o afligido por una feroz melancolía.

Un anciano de aire marcial, rubicundo y gordo, bigote y perilla negros, le tocó en el hombro:

—¡Qué tal, barón!... Abonado a los jueves... como yo.

—¡Coronel! —balbuceó el barón, levemente perturbado, saludándolo—. Ya ve, lo nuestro sí que es interés... pero por el culto a las bellezas.

—¡Ay! ¡Ay!... efectivamente, por ellas es por lo que yo vengo. Así, contemplándolas, es como quisiera morir cuando me llegue la hora... ¿Y su esposa, se encuentra bien?

—Bien, gracias... pero no quiso venir.

—¿Ya tiene entrada? Es la hora.

—Yo aún no voy a entrar. Luego nos vemos dentro.

Un movimiento de la aglomeración humana los separó.

El barón se encontró entonces frente a un muchachito que vendía pasteles. Tendría quince años. Piel morena, ojos tiernos, tipo insinuante de pilluelo, camisa de cuadros azules y negros, pantalones blancos muy apretados, se situaba al frente de una gran cesta vestida con tela oleosa, en cuyo interior destacaban con una blancura de toalla inmaculada varias golosinas. Como vio que el barón lo miraba con insistencia, el muchacho, buscando vender sus productos, se le aproximó:

—¿Quiere pastelitos, caballero?

Y le ofrecía el cesto, desde donde le llegó un agradable olor a canela y mantequilla.

El barón, por su parte le respondió:

—No, hijo... no quiero pasteles —con una expresión tan claramente lúbrica, que el muchacho retrocedió, con un gesto de desprecio decidido, dándole la espalda.

—¡Anda con el *sarasa!*... ¡Usted se equivoca conmigo!

El barón echó rápidamente una ojeada a su alrededor, por ver si alguien había escuchado aquel comentario, tras lo cual se alejó con rapidez,

infiltrándose y desapareciendo en medio de la masa anónima de aquella multitud agitada

Se aproximó luego al teatro Variedades, donde mostraban ya el cartel que indicaba el comienzo del espectáculo. Había entrado ya casi todo el mundo y los retrasados se apretujaban al fondo del estrecho corredor que daba a la planta superior. En la puerta, apenas dos revendedores, un policía, y, sentada en el último escalón sobre la calle, una anciana, con un tablero al frente, lleno de cuanto de indigesto hay en materia de dulces, con una vela protegida por un cucurucho de papel de color rosa.

Desde allí el barón, con mayor tranquilidad, pero fuera del alcance de encuentros inoportunos, continuaba escudriñando con ardor las inmediaciones del edificio del Circo. Cuando percibía entre las sombras de los extremos de la calle cualquier perfil vago de adolescente que se aproximase, sus ojos miopes y entrecerrados se contraían ante la expectativa. En cuanto el muchacho entraba en la zona bien iluminada por las lámparas de gas situadas en la entrada del Circo, seguía sus movimientos casi con voracidad, lo analizaba, intentando adivinar sus formas, su modo probable de vida y sus predilecciones sensuales.

Estando en lo mejor de uno de estos momentos de abstracción febril de pederasta, el barón se estremeció. Una mano amiga se posó sobre su hombro, mientras una voz familiar le preguntaba con tono de cariñosa reprimenda:

—¿Qué haces por aquí a estas horas?

Era su viejo y leal amigo Henrique Paradela, que caminaba tranquilamente hacia la Baixa¹, con su mujer agarrada del brazo. El barón sintió que se estaba traicionando. La súbita aparición de aquella pareja honesta y sencilla, caídos de golpe, mostrando en público su vida ejemplarmente tranquila mientras él buscaba satisfacción para su vicio, le hizo avergonzarse, tomando consciencia de su propio envilecimiento, por lo que sintió un choque de remordimiento. Palideció, trastabilló, se agitó y después de unos segundos de notable embarazo, apenas consiguió balbucear:

—Estoy esperando a unos amigos... Quedamos en venir al Circo hoy... pero se están retrasando.

—No sé cómo todavía hay quien aguante esto —comentó Henrique, señalando con el bastón la entrada del Circo.

—A falta de otra cosa mejor... —dijo el barón, sintiéndose algo humillado. Luego, dirigiéndose a la esposa de Henrique:

—¿Cómo está usted, señora mía?

—Yo bien. ¿Y Elvira?

Casi al mismo tiempo, Henrique preguntaba:

—¿Hay hoy alguna actuación nueva?

1 Barrio de Lisboa situado en la parte baja de la ciudad, entre el Barrio Alto y Alfama. También llamada *Baixa Pombalina* por haber sido edificada por orden del Marqués de Pombal tras el terremoto de 1755. (Todas las notas son del traductor)

—No —respondió el barón—; venimos por no tener otro lugar mejor a dónde ir.

—¿Y por qué vienes a esperar a tus amigos a este lado?

—Porque desde aquí, lejos de la aglomeración, los veré mejor cuando lleguen.

—Pues nosotros vamos a la Baixa. Leonor lleva días queriendo hacer unas compras... Aprovechamos hoy, que estoy menos ocupado.

—Imagine, barón —se le acercó, como en una confidencia, doña Leonor—, los niños necesitan calzado nuevo, yo también necesito alguna cosilla y pasado mañana se casa aquella criada que tuvimos, la Joaquina, que me pidió que fuese la madrina de boda y tengo que regalarle algo.

—Muy loable, señora mía, muy loable por su parte... —afirmó el barón, otra vez poseído por la degeneración de su sangre, y fijándose con avidez en un efebo al que había visto aparecer por el lado del Passeio Público².

El amigo lo invitó, afable:

—¡Ven con nosotros!

—¡Oh!, amigo, no puedo, ya lo ves. Ya quedamos otro día... Discúlpame... Ojo que igual os llueve. La noche no está muy buena.

—Pues cogemos un coche, pero tenemos que ir a hacer esas compras, de hoy no puede pasar.

—Adiós —remató doña Leonor, tendiendo su mano al barón—. Recuerdos a Elvira. ¡Y pasado mañana no falten!

—¡De ninguna manera! —corroboró Henrique, apretando también la mano al amigo—. Adiós... Mira, el espectáculo ya comenzó.

Efectivamente en las inmediaciones del Circo escaseaba ahora el público y la aglomeración en la calle había desaparecido. En el extremo del barracón verdinegro, las dos ventanas ovaladas de las taquillas, ahora al descubierto, fulguraban como ojos de cíclope, iluminadas. El frío viento del noroeste arreciaba inclemente en el vestíbulo de entrada, ya vacío y con las puertas abiertas de par en par. Del interior, provenían los últimos sonos amortiguados de un galope rítmico que luego se perdía en la humedad de la noche. De vez en cuando se escuchaba el ruido solitario de un látigo al restallar. El barón, atraído por la sensualidad del espectáculo, se decidió a comprar una entrada. Mientras el empleado le daba el cambio, el bueno del viejo Price, sentado al fondo del cubículo, gordo y flácido en la intensa luminosidad del recinto, los dedos entrecruzados beatíficamente sobre el vientre, dormitaba.

En el interior la función, a pesar del llamativo cartel, seguía con la monotonía de costumbre. Después de un número banal en el que se horadaron con flechas arcos de papel de seda, siguió un intermedio cómico a cargo del primer payaso, los prodigiosos equilibrios de una niña sobre un

² Paseo mandado construir por el marqués de Pombal tras el terremoto de 1755. Inicialmente era un recinto cerrado por muros por el que paseaba solo la alta sociedad. En 1821 el rey João VI ordenó abrir el paseo a todos los ciudadanos. En su lugar se construyó, entre 1879 y 1886, la actual Avenida da Liberdade.

alambre, un grupo de perros sabios, otro número de barra fija y el de un rudo hombre montando un caballo a pelo. El barón, allí dentro, contemplando el insulso espectáculo, se calmó, y hasta sintió que se aburría. Miró entonces por centésima vez los escudos de las columnas que sustentaban la carpa central, y contó las listas, alternativamente azules y blancas, radiadas desde el centro del techo, en cuya superficie, tan bien planchada y lisa siete años atrás, cuando se inauguró el local, aparecían ahora algunos desgarros indiscretos, que comenzaban a poner de relieve el paso del tiempo.

La última actuación, todavía en la primera parte, reavivó los instintos pederastas del barón. Era una familia de acróbatas. Cinco integrantes: un hércules monolítico, una muchacha delgada, de apariencia agresiva, una mujerona corpulenta, una criatura casi raquítica, sin sexo, amedrentada y débil, y un efebo extraordinariamente esbelto que vestía ajustados ropajes de malla color carne, los cuales modelaban con precisión las formas de su cuerpo, dando la impresión de un desnudo casi flagrante, y realizaban sus más íntimos detalles anatómicos, a lo que ayudaba los efectos de la luz de Drummond³.

El grupo hacía poses académicas, reproduciendo las composiciones célebres de la escultura clásica. La rápida sucesión de aquellas escenografías montadas en medio de la arena, sobre una vieja alfombra, bajo la cruda incidencia de la luz artificial, tenía una clara arrogancia animal y recordaba a sensualidades paganas. A un tiempo viriles y dulces, impetuosos y lánguidos, afeminados y rudos, aquellos movimientos, atormentados y artísticos, empapaban el espíritu de los espectadores de una gran voluptuosidad, seduciéndolos como lo haría una hetaira y dominándolos como podría hacerlo un héroe. El barón, todo ojos, seguía ávidamente la pantomima. Sobre todo lo hipnotizaba el bello efebo, con su rostro de rasgos perfectos, su cuello blanco y redondo, sus grandes ojos de terciopelo negro, su cuerpo sólido aunque enjuto, de carnes huidizas. Todo él lleno de elegantes curvas levisimas, de músculos suaves, seductores, que parecía deshacerse en un no sé qué de femenina y grácil ondulación, y al que la gimnasia y la práctica, habían afinado y consolidado de manera rotunda.

El barón absorbía, uno a uno, los movimientos, y en cada actitud, en cada pirueta nueva del muchacho, descubría un estímulo, un elemento de seducción más. El deseo le mordía por dentro. La fascinación se volvió completa, alocada, casi dolorosa. Sócrates, seguramente, no había terminado más enteramente sojuzgado en su primer encuentro con Alcibíades.

Durante el intermedio el barón salió excitadísimo del local. Le palpitaban las sienes. En su imaginación seguía danzando, insistentemente, la figura del joven acróbata.

Con la salida de los espectadores, volvió a acumularse la gente junto a la entrada. Comenzó a llover. Se abrían los paraguas, se escuchaban im-

³ *Luz de calcio* o luz de *Drummond*, es un tipo de luz de escenario, que se utilizó en teatros en el siglo XIX. Se obtiene por incandescencia de la cal viva calentada por la llama del soplete oxidrico, generando una iluminación de alta intensidad.

precaciones de todo tipo disparadas contra aquel cielo enfadado. En una tienda próxima algunos espectadores de localidades baratas comían pan con queso y bebían vino. Algunos muchachos se movían entre los grupos vendiendo y comprando entradas, mientras gritaban sus consignas: «Entradas más baratas... ¿Quién vende su entrada?». El barón se dirigió al centro de la calle, instintivamente. Se sentía mal. Se quitó el sombrero, quería que le acariciase la cabeza el aire fresco de la noche. Entonces se le acercó un muchacho:

—¿Se marcha ya, caballero? ¿Quiere vender su entrada?

El barón lo miró distraído, pero rápidamente quedó fascinado, con la mirada presa en la del chaval. ¡Era la viva estampa del efebo que acababa de admirar actuando en el Circo! Los mismos ojos, idéntica estatura, el mismo cuello, la misma elasticidad grácil, el mismo ritmo adorable en sus movimientos. Le respondió, volviendo a ponerse el sombrero, con los labios casi temblando de deseo:

—Te doy la entrada y además diez *tostones*⁴; pero tienes que venir conmigo.

—¿A dónde?

—A dar un paseo... Quiero decirte una cosa.

—¿Qué se ha *pensao*?... —comentó el muchacho molesto. Y se apartó corriendo—. ¿Quién vende la entrada, quién vende?

El barón no se dio por vencido. Así, a los pocos minutos estaba nuevamente junto al joven:

—Entonces ¿quieres o no quieres?... La entrada y diez *tostones*.

Y el muchacho, enfadado:

—¡Eh, señor, déjeme... ya se lo he dicho!

El barón no insistió, pero pudo observar que, en el fruncir colérico de los ojos del muchacho, una leve nube atenuó la ira de su mirada. Era la sombra de sus grandes pestañas, abundantes y sedosas. Esto bastó para que, pocos minutos después, estuviese de nuevo al lado del chaval:

—¡Oye, por última vez!... ¡Te doy quince *tostones*!... Vamos hasta el Passeio Público. Si no vienes te arrepentirás... ¡Quince *tostones*!

El muchacho pareció reflexionar y por fin respondió:

—Bien, pero vaya usted delante.

Poco después, el barón, recostado en el muro del Passeio, en la esquina oriental, frente a la Rua das Pretas, entablaba con el chaval un diálogo animado y extraño. Le preguntó algo que pareció agrandar poco al mozo. Luego pudo verse cómo al torrente de palabras de su interlocutor, él apenas oponía, de cuando en cuando, un movimiento negativo de la cabeza o murmuraba por lo bajo.

—¡Está loco!... ¡Yo no, señor! —se le escuchaba decir a veces.

Aún llovía. Cuando la lluvia arreciaba, el barón, muy solícito, le proponía que se acercase, quedando los dos resguardados por el mismo paraguas. Y la arena continuaba, suplicante, dulce, muy persuasiva, con

⁴ Un *tostón* (*tostão*) era una unidad monetaria equivalente a 100 reales (*reis*).

retórica inflamada, corrosiva, innoble. Se trataba, seguro, de algún proyecto de seducción infame. Ante ciertas frases, que el barón le decía más bajo al oído, el muchacho hacía con el brazo un gesto de repugnancia, el rostro se le arrugaba en una mueca de disgusto y se apartaba.

Mas la elocuencia del barón era inagotable. Intentaba rendirlo con efectos y argumentos nuevos, empujado por la vehemencia del deseo. Un Demóstenes del vicio. Gradualmente, la inconsciencia tímida del joven fue sometándose al imperio de la voluntad dura y firme del estafador. El muchacho ahora lo escuchaba tranquilo, con una atención resignada, pasivamente. Mientras tanto el seductor hablaba, hablaba siempre, con los ojos ahogados en lujuria, los pies inquietos y el largo bigote atusado trémulamente por los delgados dedos.

Así, la arenga se prolongó durante más de una hora, interminable. Ya había acabado la función en el Circo. Rodaban los primeros carruajes y la multitud avanzaba de Salitre hacia la plaza, acelerada y desilusionada. Crecía el ruido de muchos pies aplastando el barro. A ratos, algún grupo de muchachos, ligeros, de cuerpos bien hechos, fumando, soltaban en la quietud pardusca de la neblina el trallazo de una risotada.

Entonces el barón, dando una pequeña moneda de oro al muchacho, le insistió:

—¡No faltes! —dijo mientras le apretaba con fuerza en la muñeca.

Y se separaron: el pederasta leve, orgulloso, con la esperanza radiante reflejada en su rostro. El efebo cabizbajo, contando las piedras de la acera, grave, meditabundo.